

purorelato

VI CONCURSO DE
MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

LOS MEJORES
MICRORRELATOS
ACOMPAÑADOS DE
UNA FIRMA INVITADA:

INONGO-VI-MAKOMÈ



CASA ÁFRICA

purorrelato

purorelato

VI CONCURSO DE MICRORRELATOS - CASA ÁFRICA

**Los mejores microrrelatos acompañados de la firma invitada:
INONGO-VI-MAKOMÉ**



CASA ÁFRICA - 2018

Publicación

Edición: Casa África.

Coordinación: Estefanía Calcines Pérez.

Traducción

Del francés: *Retrouver Malick, Tété, Le pluï du soir, Le concubin, Petite Awa*, por Antonio Lozano.

Del portugués: *Comida pelo muchém*, por M^a Felisa Rodríguez Prado.

Diseño y maquetación: Pedro Quílez Simón.

© De la edición, Casa África.

© De los textos, sus autores.



África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800/www.casaffrica.es/ info@casaffrica.es



Con el apoyo de:



Casa África

Director General

- Don José Segura Clavell.

Secretario General

- Don Francisco Javier Hurtado Rodríguez.

Gerente

- Doña Ana María Hernández Díaz.

Jefa del Área de Mediateca y Web

- Doña Estefanía Calcines Pérez.

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano. Forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española junto con Casa de América, Casa Árabe, Casa Asia, Casa Mediterráneo y Centro Sefarad-Israel. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter cultural, social, educativo, económico y político, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

IN MEMORIAM

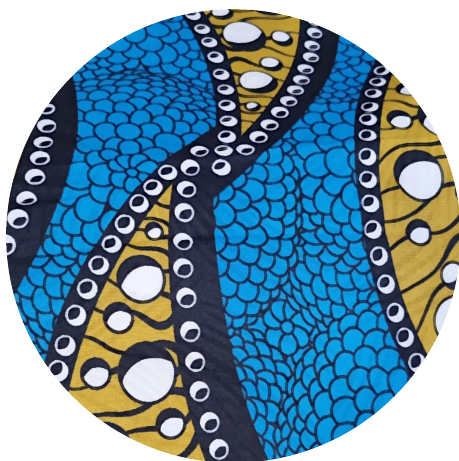
*a María Nsue, la mujer que guardó
su alma bajo siete llaves
pero que nos regaló su escritura.*

Índice

- 10 Selección de microrrelatos y firmas invitadas
- 11 PRIMER PREMIO
- 12 Encontrar a Malick / Retrouvez Malick
- 14 SEGUNDO PREMIO
- 15 Comida por el muchém / Comida pelo muchém
- 17 TERCER PREMIO
- 18 Carnívoro
- 19 Tété
- 21 Adham
- 22 El baile de las cañas
- 23 Artes circenses
- 24 La lluvia de la tarde / La pluie du soir
- 26 Tarzán
- 27 Fauces
- 28 El pan
- 29 La concubina / Le concubin
- 31 Cama elástica
- 32 **INONGO VI MAKOMÉ**
- 33 **El desorientado**
- 34 Bajo el gran árbol
- 35 El ronquido
- 36 Tardes de domingo
- 37 Reflejo
- 38 Petite Awa
- 40 Buscando en África
- 41 Libertad
- 42 Entre dos ventanas
- 43 Los sueños de Ahmed

44	Tarde en Saint Louis
45	La resiliencia de Joao
46	Isla de Mozambique
47	Mi pequeño gran miedo
48	Porteadores
49	Volver
50	Su nombre
51	Fronteras
52	Linajes
53	Dictado de ortografía
54	Y preguntarte tu nombre
55	Desprendimiento de rutina
56	Safari urbano
57	La canción de Oyé
58	Educación ambiental
59	Almas perdidas
60	Cuerpos
61	La respuesta

Selección de microrrelatos y firmas invitadas



Primer Premio
VI Purorelato

Encontrar a Malick
Retrouvez Malick

KOUAO MEDARD BOUAZI

Encontrar a Malick

Retrouver Malick

Kouao Medard Bouazi

Al alba, Mouna tenía las manos ajadas. No hubo caridad capaz de liberarla del control de los ladrones de libertad que la libraban a un sol mordaz en la prisión al aire libre. Recordaba a los suyos, que habían quedado atrás, muy lejos, en Bandiágara, en el país Dogon, donde se estremecían sus ambiciones. Al irse a Libia, había hecho a su frágil madre, por encima del murmullo del miedo, el juramento de regresar con Malick, su joven hermano arrastrado por el ímpetu de la adolescencia hasta la orilla del Mediterráneo, aturdido por las mañanas malienses que tanto lo desilusionaban. Malick quería romper las murallas del mar, escondido en una de aquellas embarcaciones de mala muerte que hacían tambalearse a los humanos, con sus pesadillas de Oriente y sus obsesiones del sur. En la prisión tripolitana, Mouna percibía a menudo, en la mirada de los migrantes, una angustia sin fin. La felicidad era aquí una fortaleza reservada a los barqueros. Las alambradas acariciaban su soledad cuando, de repente, su hermano surgió, bañado en sudor, de un camión, en una fila sin aliento. Cuando el grupo franqueó el umbral de la puerta de hierro, corrió hacia él, temblando: —Malick, el éxito puede tener un rostro distinto al del sufrimiento. Tienes que volver conmigo a Bandiágara. En la cara de su hermano se dibujó la prisa por salir de aquel país donde algunos hacían oro con el espejismo de los pobres.

À l'aube, Mouna avait les mains défraîchies. Aucune charité n'avait su délier l'emprise des ravisseurs de liberté qui la fiançaient à un soleil mordant dans la prison en plein air. Elle se rappelait sa maisonnée restée loin derrière, à Bandiagara dans le pays Dogon, où frémissaient ses ambitions. En partant en Lybie, elle avait fait à sa mère fragile, par-dessus le murmure de la peur, le serment de ramener avec elle Malick, son jeune frère emporté par la fougue de l'adolescence vers les bords de la Méditerranée, assommé par les matins maliens qui déchantaient. Malick voulait briser les remparts de la mer, caché dans une de ces embarcations d'infortune qui faisaient tanguer des humains, avec leurs cauchemars d'Orient et leurs hantises du Sud. Dans la prison tripolitaine, Mouna surprenait souvent, dans le regard des migrants, une angoisse sans fin. Ici, le bonheur était la forteresse des seuls passeurs. Les barbelés caressaient sa solitude, quand soudain, son frère en sueur surgit d'un camion, dans une file essoufflée. Quand le groupe franchit le seuil de la porte de fer, elle courut vers lui, tremblante: —Malick, le succès peut avoir un autre visage que celui de la détresse. Tu dois retourner avec moi à Bandiagara. Sur la face de son frère, surgissait la hâte de partir de ce pays où certains faisaient de l'or avec le mirage des pauvres.

Segundo Premio
VI Purorelato

Comida por el muchém
Comida pelo muchém

MARIA BASTIAO

Comida por el muchém

Comida pelo muchém

Maria Bastiao

El muchém* me comió. Me aguanté de pie. Era ahora sólo cáscara, pero me aguanté. Viví, recibí la visita de él, puse la mesa para él, hice la cama donde él durmió. Vino la lluvia, el viento fuerte. Estremecí, pero no caí, mis palos continuaron a pique*. Los de ellos no. Él se fue y yo, que no era más que cáscara, me sentía tan pesada que no aguanté más, llamé al muchém y le pedí: «cómeme». Y él me comió.

*Notas de la traductora:

Muchém (Mozambique); **Salalé** (Angola); **Bagabaga** (Cabo Verde, Guinea Bissau); **Cupim** (Brasil): *Kalotermitidae Termopsidae Hodotermitidae Rhinotermitidae Serri-termitidae Termitidae*. El «muchém» es un tipo de termita, en designación mozambiqueña, por lo cual la substitución de este sustantivo masculino (y singular) por el femenino y plural castellano de «las termitas» rompe la ambigüedad que se crea en portugués al desaparecer «él» (el que vino de visita, el que estuvo a la mesa, el que durmió en la cama) que podría ser interpretado de nuevo como «el muchém» o, entonces, ser pensado como «el hombre blanco», que parece lo más adecuado.

Pau a pique: es una técnica constructiva para viviendas en la que se colocan palos de punta, a modo de cimientos, que se entrelazan con palos transversales y barro para hacer las paredes. Se desprende también una connotación sexual por la palabra «pau», literalmente palo, pero en sentido figurado «falo».

O muchém me comeu. Eu me aguentei em pé. Era agora só casca, mas me aguentei. Vivi, recebi a visita dele, pus a mesa para ele, fiz a cama onde ele dormiu. Veio a chuva, o vento forte. Estremeci, mas não caí, os meus paus* continuaram a pique. Os deles não. Ele foi embora e eu que era só casca me senti tão pesada que não aguentei mais, chamei o muchém e lhe pedi: «me come». E ele comeu.

Tercer Premio
VI Purorelato

Carnívoro

SANTIAGO CLEMENT

Carnívoro

Santiago Clement

Abrí la puerta de la tienda, el león estaba devorando a Mauricio, que yacía informe y rojo en el suelo. Atraído por una fuerza inexorable me acerqué y me arrodillé al lado de la fiera, que continuó en serenidad su salvaje tarea. Sentí el olor dulce y férreo de la sangre penetrar por mis narices y, sin poder contenerme, con horrendo placer, hincé también mis dientes en la tibia carne.

Tété

Annie Ferret

Ayer estuve en casa de Bernard y Tété. Son hermano y hermana y ambos aprendieron costura, pero solo Bernard trabaja. El diploma de Tété de nada le sirve para moler el ñame. El fufú es la punta del iceberg. Tété es la piedra angular de la casa, sin embargo ocurre a veces que Bernard solicite su ayuda en el taller. Ayer, Bernard dormía bajo el limonero. Se queja de que ya no tiene suficiente trabajo. De repente, una rama lo rozó, por lo que tuvo que desplazar su colchón más lejos. A veces se dice que el cerebro de la mujer y el del hombre son diferentes. La verdad es que el de la mujer está abarrotado de nombres de alimentos. La prueba está en que, después del almuerzo, Tété quiso tumbarse ella también bajo el limonero. La rama pesada seguía allí. Tété la apuntaló con un piquete, y luego quiso volver a acostarse, pero los limones permanecieron en su cabeza. Tomó una palangana y recogió la fruta. Pero pensó que si la dejaba al sol, se echaría a perder. Así que hizo con ella mermelada y fue a venderla al mercado. Al regresar, le dio una cerveza a Bernard. El pobre no tiene trabajo y es un medio hombre quien no puede alimentar a su familia. Con su cerebro abarrotado, Tété no puede comprender: una mujer sentada bajo un limonero no busca trabajo.

Hier, j'étais chez Bernard et Tété. Ils sont frère et sœur et ont appris tous les deux la couture, mais seul Bernard travaille. Le diplôme de Tété ne lui sert à rien pour piler l'igname. Le fougou est la partie émergée de l'iceberg. Tété est la clé de voûte de la maison, pourtant il n'est pas rare que Bernard sollicite son aide à l'atelier. Hier, Bernard dormait sous le citronnier. Il se plaint qu'il n'a plus assez de travail. Tout à coup une branche est venue le frôler, alors il a dû déplacer son matelas plus loin. On dit parfois que le cerveau de la femme et celui de l'homme sont différents. En vérité, celui de la femme est encombré de noms d'aliments. La preuve, après déjeuner, Tété a voulu à son tour s'allonger sous le citronnier. La branche trop lourde était toujours là. Tété l'a étagée avec un piquet, puis elle a voulu se recoucher, mais les citrons étaient restés dans sa tête. Elle a pris une bassine et cueilli les fruits. Mais voilà qu'elle s'est dit que si elle les laissait au soleil, ils allaient se gâter. Alors elle a fait de la confiture et est partie la vendre au marché. En rentrant, elle a tendu une bière à Bernard. Le pauvre n'a pas de travail et c'est être une moitié d'homme de ne pas pouvoir nourrir sa famille. Avec son cerveau encombré, Tété ne peut pas comprendre: une femme assise sous un citronnier ne cherche pas de travail.

Adham

Pablo Sanz García

Me llamo Adham y, como muchos otros, sobrevivo rebuscando alimento en los vertederos de Nouakchott, donde las cabras escuálidas comen cartón y se amontonan toneladas de plástico chino. Ayer, deambulando con mis amigos, pasé frente a la puerta de esa casa donde un día me consideraron impuro y me negaron la entrada. Supe que el pequeño Abdel ya sería todo un hombre, pero no me detuve a comprobarlo. Si algo aprendes viviendo en la calle es a mantener una distancia prudencial con los recuerdos, porque nunca sabes cuándo puedes recibir una pedrada a cambio. No obstante, no pude evitar pasar el resto de la tarde un poco melancólico. A pesar de los esfuerzos de mi amigo Faruk por animarme con sus bromas, sentí aquel retorno como un mal presagio, y no me equivoqué. Por la noche, un aullido rompió el silencio y fue contagiando al resto de mis colegas. Era el aviso de que una patrulla de exterminio estaba dando vueltas por la ciudad, y en efecto, no tardaron en escucharse los primeros disparos. No sería la última vez que vería morir a muchos de los míos. El ritual solía repetirse al menos una vez al mes, pero en aquella ocasión me pareció reconocer a Abdel subido en el maletero de la pickup, con la escopeta en la mano. No me puedo creer que el Profeta, la paz y las bendiciones desciendan sobre él, aprobara esta forma de actuar, pero qué puedo saber yo si sólo soy un perro.

El baile de las cañas

Miguel Ángel Gordillo Morales

Había escrito cien veces te quiero en esa pizarra repleta de ecuaciones cuando el maestro entró en clase. En mi frenesí sobrepasé los límites del encerado y, aunque el maestro comenzó a golpearme, continué escribiendo sobre la pared y el mapa obsoleto de eSwatini. Cuando llegué al retrato del rey una vara de madera me dejó sin sentido. Al día siguiente empezaban las ceremonias. Tú debías estar danzando en la explanada, junto a las otras, con tu collar de cuentas y esa falda tan corta. Pero al abrir los ojos, en el hospital, bailabas muy despacio junto a mi cama.

Las Artes circenses

Lluís Talavera

Los hermanos Kulibali somos expertos en acrobacias, nuestro talento es incuestionable. Si subir los seis metros de altura ya es un prodigio de agilidad, mantener el equilibrio allá en lo alto durante tanto tiempo proporciona momentos de enorme intensidad dramática. Todo el mundo puede comprobar que no hay truco, lo importante es tener convicción, si te lo piensas mucho ni lo intentas. Antes éramos cuatro, ahora solo quedamos dos. Es necesaria una gran disciplina mental para no capitular después de ver a otros caer de la valla tras dejarse la carne en las cuchillas. Sin embargo, siempre cerramos los ojos, apretamos los dientes y volvemos a intentarlo. Nadie nos va a dar otra solución. Como dicen en el circo, el espectáculo debe continuar.

La lluvia de la tarde

La pluie du soir

Antonio Casas Sánchez

Sentado en su rama, el monito levanta su cabeza mojada, y por vez primera en su vida se pregunta si más allá del mar y de la duna existe un lugar que no sea el paraíso.

Assis sur sa branche, le petit singe lève sa tête mouillée, et pour la premier fois dans sa vie il se demande si au-delà de la mer et de la dune il y a un lieu qui ne soit pas le Paradis.

Tarzán

Raúl Clavero Blázquez

Me gustaba acompañar a mi madre al colmado, perderme entre los sacos de semillas, legumbres y especias, y hundir a mi Tarzán de plástico en las profundidades del café de Etiopía. Cuando mi madre terminaba de hacer la compra, buceaba con mis dedos y lo recuperaba nuevamente, imaginando todas las aventuras que habría podido vivir mi muñeco en aquella extraña expedición. Por desgracia, una tarde mi madre se entretuvo más de la cuenta y mi Tarzán ya no regresó. Tuve que patallar, llorar, arrastrarme frente a ella hasta que el tendero, por piedad, volcó el saco sobre una manta. —Qué raro— susurró al comprobar que no había ningún juguete entre las olas de aquel mar de grano tostado. El disgusto me duró meses, e incluso le escribí una carta a mi muñeco preguntándole por qué se había ido. Me cansé de esperar su respuesta y, poco a poco, fui olvidándome de aquella historia. Hoy, cincuenta años después, la he recordado al encontrar al fin en mi buzón un sobre con un matasellos africano. Dice mi Tarzán que está harto de monos y lianas, que se siente viejo y que quiere volver conmigo. No aclara la fecha de su retorno pero, por si acaso, cada tarde yo le preparo una taza de café.

Fauces

Miryan Almada

Mike, fotógrafo profesional, llevaba varios días recorriendo en su jeep la sabana de Serengueti, en Tanzania. Había fotografiado los pastizales pincelados con baobab, palmeras, acacias; y registrado el paso de manadas de elefantes, rinocerontes, jirafas, antilopes, cebras, familias de leones y avestruces. Pero seguía esperando con ansias capturar la imagen perfecta del enigmático chita. Un atardecer, el enorme sol rojizo caía tras los árboles tiñendo de tonalidades naranja el cielo, al fotografiar este ocaso magnífico vio al majestuoso animal con su andar sigiloso e imponente tras los matorrales. Lo siguió cautelosamente, de lejos, con su cámara lista y su arma preparada con la inyección para dormirlo en caso de que lo atacara. Se movió lentamente, agazapándose entre la vegetación. Se apostó contra un baobab y aguzó sus ojos para localizarlo. Oyó un gruñido potente sobre su cabeza. Al día siguiente, su guía salió a buscarlo. Sólo encontró su cámara. La revisó... La última captura mostraba las fauces mortíferas... Dos afilados colmillos enmarcados por una nariz negra rodeada de pelaje blancuzco y amarillo con motas negras.

El pan

Annika Brunke

No había pan más esponjoso que el que horneaba Khairia en su cocina de petróleo cada mañana. Había llegado a Túnez desde Palestina con su marido y sus once hijos, y se había hecho un lugar en el corazón de la gente del pueblo por su fama de trabajadora incansable, madre estricta y por supuesto, por su pan. Cada noche preparaba la masa del Khubz Warde justo antes de acostarse, haciendo primero una montaña de harina. Añadía después el azúcar, la sal y la levadura en un hueco, y añadía agua tibia poco a poco mientras iba amasando para integrarlo todo. Luego la tapaba con un trapo y la dejaba reposar toda la noche. Muy pronto, con la primera llamada a la oración desde la mezquita, se levantaba Khairia. Los pequeños se le apelotonaban alrededor mientras preparaba el té, ya con el horno caliente. Introducía el pan abriendo la puertecilla de hierro con un trapo y a los pocos minutos, el maravilloso olor lo envolvía todo. Luego lo sacaba, lo cubría con Zatar untando con una cuchara de madera en forma circular alrededor de la masa, y lo devolvía al fuego un poco más. Para entonces, su puerta azul con remaches negros algo oxidados ya estaba de par en par, y los vecinos al pasar camino a sus quehaceres diarios le daban los buenos días. —Llévese un pan para el camino— les decía ella con una sonrisa ...y lo llevaban, mientras pensaban: «No hay pan más esponjoso que el que hace Khairia».

La concubina

Le concubin

Annie Ferret

Abro los ojos en la oscuridad. El ruido me ha despertado. Como anoche. En la oscuridad los ronquidos parecen cualquier otra cosa. Un ladrón que fuerza las persianas metálicas de mi habitación a pesar de la mosquitera. Un vehículo que chirría sobre las piedrecillas del patio. O un tren. El ronroneo de un gato con sus sueños inefables. Sé que no volveré a dormirme, por eso me levanté para escribirte, mi querida hermana, porque sé que tampoco esta noche pegaré ojo. Permanecer acostada bajo la sábana para leer, con este murmullo pegado al oído y esta presencia tan cercana que siento su roce, me resulta imposible. Me da asco. No puedo quedarme despierta en posición horizontal con la idea de un posible contacto. Me levanté para estar al menos sentada y, te vas a burlar de mí, yo que me quejaba de dormir sola cuando mi marido me abandonó, en verdad liberada, como tú decías, yo que no podía dormir sola, he aquí que un vecino de cama insignificante perturba mi sueño, no puedo compartir mi cuarto con un minúsculo reptil.

J'ouvre les yeux dans le noir. Le bruit m'a réveillée. La nuit dernière déjà. Dans l'obscurité les ronflements ressemblent à tout autre chose. Un voleur qui crochète les volets métalliques de ma chambre en dépit de la moustiquaire. Un véhicule qui crisse sur les petits cailloux de la cour. Ou un train. Un ronronnement de chat avec ses rêves inexprimables. Je sais que je ne me rendormirai plus, c'est pourquoi je me suis levée pour t'écrire, ma chère sœur, parce que je sais que je ne fermerai plus l'œil cette nuit non plus. Rester couchée sous le drap à lire avec ce bruissement si près de l'oreille et cette présence tellement proche que je sens son frôlement, je ne peux pas. Elle me dégoûte. Je ne peux pas veiller dans la position horizontale avec l'idée d'un contact possible. Je me suis levée pour être au moins assise et, tu vas te moquer de moi, moi qui me plaignais de dormir seule, quand mon mari m'avait abandonnée, en vérité délivrée, comme tu disais, moi qui ne pouvais pas dormir seule, voilà qu'un voisin de lit insignifiant trouble mon sommeil, voilà que je ne peux pas partager ma chambre avec un minuscule gecko.

Cama elástica

Luis Javier García

Sentada en una playa andaluza, en una polvorienta lejanía, veía saltar a los masai, dando portentosos saltos verticales, todos al unísono. Chaca, zumba, chaca, zumba. Saltaban armónicamente, sobre sus dos pies, rígidos como estatuas. Chaca, zumba, chaca, zumba. La lanza en una mano; en la otra un escudo. Chaca, zumba, chaca, zumba. Un penacho de plumas sobre sus cabezas. Chaca, zumba, chaca, zumba. Y una fina tela de colores por toda vestimenta. Chaca, zumba, chaca, zumba. Saltaban los masai acompañada, armónica, sincronizadamente, y al golpear la tierra con sus pies, temblaba todo el suelo africano en su conjunto y, como si fuera una cama elástica, saltaban entonces también, a la vez que los masai, pigmeos y elefantes y ancianos tomando té en cafetines moros y monos matándose las pulgas del cuerpo y ciudades con edificios de dos plantas amarillas. Y los masai. Chaca, zumba, chaca, zumba. Saltaban reyes tribales, niños con el vientre hinchado, misioneros, expedicionarios, pilotos de aeropuertos selváticos. Y los masai. Y jirafas y gacelas y ñus y arqueólogos y futbolistas sudaneses con la elástica verde/selva. Y los masai. Siempre los masai. Chaca, zumba, chaca, zumba. Los masai siempre, marcando los latidos de África como si fueran un infatigable corazón lleno de entusiasmo.



Firma invitada Inongo Vi Makomé

Inongo -vi- Makome, de la etnia Batanga, nació en Lobé (Kribi), un poblado a las orillas del Atlántico en el sur de Camerún. Cursó los estudios en su provincia natal y la enseñanza media en el Instituto Santa Isabel (Guinea Ecuatorial).

Se trasladó luego a España y terminó el bachillerato en Valencia, para luego ingresar en la Facultad de Medicina. Atraído por la literatura, se trasladó a Barcelona, donde participa en varios proyectos culturales, en especial en proyectos de promoción de la cultura africana. Es articulista del periódico La Vanguardia.

Ha escrito los ensayos España y los negros africanos: la conquista del edén o del infierno (1990), La emigración negroafricana, tragedia y esperanza (2000) y Población negra en Europa: segunda generación, nacionales de ninguna nación (2006); los cuentos infantiles Los reyes de Zookala, y Akono y Belinga (2007); y la novela Rebeldía (1997).

El desorientado

Inongo Vi Makomè

Camino deambulando sin rumbo ni destino; No sé qué hacer, porque ya no sé quién soy. Mi guía y referente, a la fuerza en esta vida ha dejado de serlo. Era mi bastón de apoyo, mi muro de contención... Con él mantenía el equilibrio. Caminaba seguro hacia mi destino, nuestro destino. Era yo, éramos nosotros... Maldigo el día que descubrí su falsedad. La falsedad de sus conceptos, de sus mandatos. El buen y verdadero guía cumple lo que predica y manda. Él ya no lo es, ni lo era... No supe verlo ni descubrirlo a tiempo con los míos.

¡Estamos solos y abandonados! Los espíritus de los antepasados que cuidaban este mundo han huido de él para subir al cielo. El silencio de su ausencia me llena de soledad, lo mismo que el de los dioses. Más que nuestros eternos protectores, ya parecen los confabuladores de nuestro falso guía de ayer. Mi tristeza es aún mayor, cuando ahora recuerdo, que yo y los míos contribuimos juntos, a su huida de la tierra.

—¿Qué crees que podemos hacer?— me preguntó—.

—Volver a bajar la mirada en la tierra, para que retornen los antepasados... Es nuestra única esperanza —le contesté.

Bajo el gran árbol

Susana Tornero Brugués

Fueron los niños los que trajeron las historias. Como en un juego; como les enseñó el abuelo cuando el tiempo estaba quieto. En el patio, a la sombra del gran árbol, dormitaba el tiempo. Todo sucedía bajo el gran árbol: tareas, comidas, historias y juegos. Los niños jugaban, y el tiempo, quieto. Y entonces llegaron de lejos unos pasos que retumbaban en el suelo, llenándolo todo de ruidos y de miedos. Los niños bajo el gran árbol se abrazaron al abuelo. Tanto se acercaron los ruidos que el tiempo echó a correr, veloz: de pronto, ya no había tiempo. El abuelo, en un susurro pausado, les propuso un juego nuevo: «Salid por la puerta de atrás y corred hacia las montañas rápidos como el viento, como jugando al pillla-pilla. Si veis gente, como en el escondite, escondeos. Y jugad a las estatuas, quietos, para que nadie pueda veros. Luego seguid corriendo, hasta encontrar una 'casa', como hacéis en vuestros juegos. No vale mirar atrás. Marchaos, que yo me quedo para ver quién gana el juego». Y los niños se fueron campo a través, como en un juego, como en un sueño. Y bajo la luna siguieron corriendo; sin mirar atrás, tal como dijo el abuelo. Pero si jugaron bien, eso nunca lo supieron, pues él sigue bajo el gran árbol, esperando que se aquiete el tiempo. Pero las historias, las historias las trajeron los niños. Vinieron corriendo detrás de ellos.

El ronquido

David López-Cepero Mateos

Estaba en pleno corazón de la sabana africana, a punto de cazar al león, cuando me despertó su rugido.

Tardes de domingo

Nendo Dango

De la arena roja brotan aguas claras entre cañas de bambú. Una tropa de niños trepa a las palmeras abrazando el tronco con sus pies descalzos; algunos bajan cabeza abajo, otros saltan al agua desde la copa. Bulla de domingo: puestecillo de tortitas calientes, de bananas asadas, de espumoso de palma. Buba recorre las playas buscando familias que retratar. A última hora amainan los radiocasetes y arrecia el silencio. Las aguas corren tranquilas, desapercibidas, arrastrando frutos de te-ca; bolitas de papel flotando río abajo como cabezas de tortugas que saliesen a respirar, conjuradas para sembrar frondosos árboles bien lejos de allí. En el camino de vuelta, estudiantes anónimos pasean con sus cuadernos manoseados bajo las farolas cansadas, dejándose los ojos en la penumbra anaranjada. Plato de arroz con hojas de patata y ajos picados; jengibre fresco con menta para beber. Comemos con la mano frente a la tumba del Coronel, enterrado en el mismo patio donde la vida de los suyos no para de correr en un vaivén tumultuoso de su misma sangre. Rojo terrizo, sombreado por un inmenso árbol de mango que cobija todo el patio y que cada año comba sus ramas por el peso de sus frutos, cientos de mangos asomados a la luz de marzo, sostenidos por un solo árbol; una medusa de mar que a finales de agosto desata su carga, alzando sus ramas de nuevo para alejarse de los hombres hasta el año próximo.

Reflejo

Juan Antonio Parra López

Luis nunca olvidaba una cara, aunque en esta ocasión hubiera deseado que no fuera así. De pequeño, en el estudio de fotografía de su familia, pasaba las horas mirando retratos y reportajes de celebraciones, fijándose en los rostros, imaginando vidas detrás de esas imágenes bidimensionales. Ya en el instituto, sólo su poca facilidad para hacer amigos preocupaba más a sus padres que sus calificaciones. Enviar a Luis durante los veranos a Tánger a casa de sus abuelos maternos fue uno de los remedios que emplearon. «Allí se vive más en la calle que aquí», aseguraba su padre, «no le vendrá mal estar con sus primos. Y de paso practica el francés». Seis fueron los veranos que allí pasó, que, si no le cambiaron el carácter, al menos le ayudaron a madurar. Finalizado el instituto se preparó unas oposiciones para policía nacional. Unos años después, el grupo al que pertenecía se ocupaba de perseguir la distribución y venta de mercancía falsificada. En una nave de un polígono industrial, Luis se reencontró con Hicham: «Ayúdame, no me denuncies», le susurró. «Tengo orden de expulsión. ¿No te acuerdas de mí?». Cuando se lo llevaron detenido, Luis entró al baño y se miró al espejo. Allí no sólo vio su reflejo, sino también el de Hicham a sus espaldas, cortándole el pelo. Sus compañeros se alertaron al oír un ruido de cristales rotos. —¿Estás bien?— le preguntaron a través de la puerta. —Sí.

Petite Awa

Annie Ferret

Es al séptimo día de haber nacido cuando damos el nombre. Estoy sentada con las mujeres en la esquina reservada para nosotras. Mi marido está con los hombres con su bubú blanco. Hoy no somos las personas más importantes, pero mi marido es guapo. Hemos dado un hijo a la comunidad y los antepasados se disponen a acogerlo. Recibirá su nombre hoy, pero para mí seguirá siendo aquella que nació un viernes. Mi tesoro. Mi bebé que la anciana va a bautizar esta mañana. Tiene casi cien años y mi hijita tiene ocho días. No lloró al despertarse. Debí de sentir que este es un gran día para ella. El octavo. El más importante desde que nació. Le di el pecho y desde entonces duerme, indiferente a la agitación reinante. Los barreños de arroz, las ollas de salsa, los buñuelos, el cordero que pronto se asará en su honor. Todo el pueblo está aquí. Los primeros invitados llegaron al alba con los regalos. Las telas enceradas por decenas y los alimentos son expuestos sobre dos esteras en el centro del patio. Nada despertó a mi hijita. Duerme sonriendo. En menos de una hora, recibirá su nombre, pero la única pregunta que se me ocurre a mí, su madre, cuando la miro, la única pregunta, lo juro... No puedo dejar de pensar: ¿Qué puede soñar un recién nacido de ocho días?.

C'est le septième jour après la naissance chez nous qu'on donne le prénom. Je suis assise avec les femmes dans le coin qui nous est réservé. Mon mari est là-bas avec les hommes dans son boubou blanc. Nous ne sommes pas les personnes les plus importantes aujourd'hui, mais mon mari est beau. Nous avons donné un enfant à la communauté et les ancêtres s'apprêtent à l'accueillir. Elle va recevoir son prénom aujourd'hui, mais elle restera pour moi celle qui est née un vendredi. Mon trésor. Mon bébé que la vieille va baptiser ce matin. Elle a presque cent ans et ma petite a huit jours. Elle n'a pas pleuré en se réveillant. Elle a dû sentir que c'est un grand jour pour elle. Le huitième. Le plus grand depuis qu'elle est née. Je lui ai donné le sein et depuis, elle dort, indifférente à l'agitation autour d'elle. Les bassines de riz, les marmites de sauce, les beignets, le mouton qu'on fera rôtir bientôt en son honneur. Tout le village est là. Les premiers invités sont arrivés à l'aube avec les cadeaux. Des wax par dizaines et des denrées sont exposés sur deux nattes au centre de la cour. Rien n'a réveillé ma petite. Elle dort en souriant. Dans moins d'une heure, elle va recevoir son prénom, mais la seule question qui me vient, moi, sa mère, quand je la regarde, la seule question, je vous jure... Je ne peux pas m'empêcher de penser: à quoi peut bien rêver un nouveau-né de huit jours?

Buscando en África

Francisco Germán Vayón Ramírez

En el taxi que le llevaba al aeropuerto Stanley escuchó, con indiferencia, la noticia de la ruptura de los Beatles. Bastante tenía él con pensar en esa búsqueda desesperada que en esos momentos comenzaba, y en la que empeñaba la vida, como para preocuparse por esos melenudos, así que contestó con un gruñido cuando el taxista, que parecía consternado, le pidió su parecer. Aterrizó en África, atravesó desiertos, navegó por ríos, cruzo selvas, subió montañas, inhóspitos, caudalosos, inextricables, descomunales respectivamente y tras casi mil penalidades llegó a Sudáfrica. Demacrado, con la respiración entrecortada y los labios azulados subió el último tramo de escaleras y llamó a la puerta. Le abrió un hombre joven con bata blanca y mirada inteligente. Stanley suspiró, la mano derecha engarfiada al corazón, y consiguió apenas articular: «Doctor Barnard, supongo».

Libertad

Carolina Fernanda Gartner Restrepo

Aprendí a identificar sus rasgos. Esa era la prueba; estaba al lado de la efígie que gritaba sus raíces. Ese museo fue la mejor evidencia de que ya los distinguía. Hasta hoy, nunca me he equivocado: su acento es música fon-gbe, y su amabilidad tiene la dulzura de su color chocolate.

Entre dos ventanas

Hanan Rais

Desconectó el wifi cuando su amiga le estaba aún contando un estúpido chiste desde el otro lado de la pantalla del ordenador, y los mensajes Watthsap silbaban el uno tras el otro en su móvil; intentó olvidarse de lo que le relaciona a su maldito trabajo que consiste en engancharse ocho horas diarias a un teléfono de una agencia de telecomunicaciones. Se desconectó de todo el mundo. Ahora recibe el aire en su ventana, que le trae nuevas desde el otro lado. Brillan como cada atardecer sus ojos morunos frente a la otra ventana. El la espera allí con su mirada azulada y su aire flamenco. Recuerda la primera vez que le sopló su nombre: «soy Pedro». A ella le encanta llamarlo su «Badru», su «luna llena» en árabe, que le devuelve el reflejo. A él le gusta pronunciar su nombre «Yauhara», piensa que tiene un tono mediterráneo, y dice que es «una perla» —su equivalente árabe— que lo dejó cautivado desde el primer minuto. Se intercambian las sonrisas y las miradas y se oyen las risas de los corazones entre el murmullo del Mediterráneo. se sienten tan cerca y tan lejos a la vez. A veces, pocos gestos hablan mejor que mil palabras. El lenguaje de las almas es más fuerte que cualquier otro medio. Entre las dos ventanas circula el viento libre. Abajo, la guardia civil vigila la frontera entre Melilla y Bni-nsar.

Los sueños de Ahmed

Ariel Alberto Díaz

Los sueños de Ahmed Cada noche, Ahmed espera el vaivén de las olas. Con los ojos que pelean bravíos contra el sueño, el niño escucha fascinado al abuelo que le narra historias de su vida de pescador. Antes del amanecer, se hacía a la mar en su bote y regresaba a la puesta del sol. Describe la dura labor invernal manipulando redes y aparejos, el regreso, pleno de pesca —agotado y satisfecho—, los días calmos, las borrascas imprevistas. Cuenta de tiburones girando alrededor del bote, dispuestos a rapiñar caballas y jureles enganchados en los espineles. Ahmed timonea un pequeño pesquero, navega en mares pródigos en peces, trajina con anzuelos, espineles, trasmallos y redes. Sueña con todo ello, aunque no conoce el mar. Ni siquiera un río, un lago, un arroyo. Apenas, lo que es una breve llovizna y la aguada salobre a una legua de la chabola donde vive. Las únicas tormentas que ha visto son de tierra y arena, turbonadas que castigan los ojos. En ese mar de tierra reseca, dibuja con un palito, barcas repletas de peces y mares de olas enormes, mientras vigila el rebaño de cabras: porque Ahmed es pastor en Bari, Somalia, al sur de Balli Dhiddin. Cada día es igual al anterior, el traslado de la manada de un lugar a otro. Sólo las noches son diferentes. Las historias marineras del abuelo y los sueños, son su vida, la fantástica realidad.

Tarde en Saint Louis

Lara López Fernández

Dudu me mira como si me hubiera vuelto loca. ¿Le has dejado mil ce-fas? ¡Pero que debía de tener cinco años! Me pregunto por qué trato de razonar. Miro fijamente sus manos, intentando evitar que suelte otra vez el volante. Sigue refunfuñando algo sobre coser boubous en el mercado, mezclando wolof e inglés con la intención de que le entienda mientras llegamos a casa del agregado en Dakar. Quita la llave del contacto, coloca la visera en su sitio y sube a duras penas su destartada ventanilla. Pienso en la primera vez que le vi, señalándome una calle de tierra en el atardecer de Saint Louis, apenas en pie los antiguos palacetes, el sol acostándose en las aguas cobrizas del Senegal, majestuoso, aunque el aire oliera a pescado podrido. Se echa hacia mí. Contengo la respiración mientras guarda sus malas copias de Ray-Ban en la guantera atestada y ni pestañeo cuando trata de empujar la puerta del copiloto, que solo se puede abrir por dentro. Vuelvo a tomar aire cuando se separa de mí y a través de la ventanilla, aún abierta, me llega el aroma del hibisco del jardín. Me parece regresar a aquella tarde en Saint Louis. Como si estuviera de vacaciones. Cuando no sepas a dónde vas, párate y mira de dónde vienes, dice, sopesando cada palabra. Me mira y sonrío. Pero recuerda, sigue, que nosotros ya estábamos aquí. Y da un golpe a la puerta del coche y logra, al fin, des-sencajarla.

La resiliencia de Joao

Idalmy González González

Era el inicio de un nuevo curso escolar, en el acto inaugural el profesor Martínez nos presentó a los estudiantes africanos que comenzaban sus estudios en nuestro instituto, seis estudiantes namibios y cinco angoleños. A mi clase llegó Joao, angoleño, muy alto, con ojos vivaces, sonrisa amplia y mirada triste. Tenía 14 años y era el mayor de la clase. Su país estaba en guerra. Joao era muy buen estudiante, superó sus dificultades con el idioma y demostró grandes habilidades en la práctica de deportes, especialmente baloncesto. Una vez me dijo que su mayor ilusión era ser médico. Hablaba poco de su tierra natal. Durante dos cursos escolares compartí clases con Joao, al término del último año nos separamos y no le volví a ver. Nueve años más tarde mi padre se encontraba ingresado en un hospital en La Habana. En el pasillo de la tercera planta, mis ojos se encontraron con una sonrisa, era Joao con bata blanca y estetoscopio. Entre lágrimas le conté porque estaba allí. Joao era huérfano de la guerra de Angola, su tía Dada le había enviado a Cuba a estudiar. Ya era médico y estaba formándose en cirugía general. Al escuchar su historia comprendí la tristeza de su mirada. Joao me dijo que el recuerdo de sus padres le acompañaba siempre y que estaba orgulloso. Le di las gracias, nos abrazamos y le desee mucha suerte. Al día siguiente mi padre murió.

Isla de Mozambique

María Cecilia Reyes de la Maza

Cuando llegamos, supimos que todos ya habían estado. Todos los colores en las miradas de la gente nos decía que ya se habían abierto los caminos, que los mundos del mapa de la Tierra se encontraron desde ahí como amigos. En medio de ese mar turquesa estaba la historia y las misangas, los reflejos, los amores, todas las vivencias. Vinieron del oriente, del norte, de todos los puntos cardinales. Se enamoraron y dejaron de si mismos toda la fuerza, la pasión y lo que se hereda cuando se está convencido. Recorrimos buscándolo todo, vestigios, simulacros, oraciones, sonrisas, soluciones y esperanzas. Ellos, guardan lo que fue en su piel, sus canciones y ese aire definido y coherente, donde se hizo transparencia el sol y el suelo, coral de todos los destinos. Isla de Mozambique, infinitos horizontes de tiempos establecidos. Para nosotros la experiencia y la riqueza de un contacto de palabras, viento, mar, luna, lo sagrado de lo conocido para así, trascender en acciones y poemas, en compromisos de todos los años no vencidos. Toda la fe para seguir creyendo que en ese lugar de la memoria geográfica, los sueños se cumplen y se mantienen para siempre olvidando el olvido.

Mi pequeño gran miedo

María Jiménez Ojeda

Érase una vez un miedo tan grande tan grande, que todas las noches se acurrucaba en la esquinita de mi cama. Temblaba el miedo como si fuese el mayor terremoto del mundo. Lloraba el miedo como si de un bebé se tratase a pesar de ser tan grande. Érase una vez un miedo tan grande tan grande, que era incapaz de cerrar los ojos si no dejaba la luz del pasillo encendida. Si no le cantaba la nana africana que me cantaba mamá cuando era yo la que tenía miedo. Le cantaba yo al miedo mientras achuchaba mi mano fuerte. Era un miedo tan grande tan grande, que al quedarse dormido se convertía en pesadilla. Érase una vez un miedo tan grande tan grande que nunca se fue de mi lado. Se quedó hasta que me di cuenta de que ya no apretaba los labios al dormir. Érase una vez un miedo tan grande tan grande...que me enseñó que cuando duermes con él de la mano, un día dejas de llamarle miedo.

Porteadores

Luz D. Montero Espuela

Su mujer aguarda impaciente en la puerta. ¿Traes el dinero?, pregunta, es el último día de pago del alquiler. Sí, además me dio el doble...No acaba la frase. Ella toma los billetes. Mientras cenas, voy a ver al casero. Se lo contará al día siguiente. En cuanto termine la sopa, se irá a la cama. A Thomas hoy le ha escogido la visitante más lenta del grupo. Al menos, se ha colgado la cámara al cuello y ha dejado la mochila casi vacía. De regreso, le ha ofrecido una botella de agua y unos emparedados; ella se comió una manzana y una chocolatina mientras revisaba las fotos hechas a los gorilas. Apenas habla con el resto del grupo. Aún con el camino seco, el descenso del volcán ha sido duro, se resbalaba con las piedras y debía sujetarla constantemente. En el último tramo, solo le soltó para fotografiar las granjas o los niños. Thomas le descubrió un pequeño camaleón. Ella decía siempre gracias, en inglés, pero él no lo habla bien, el francés lo está olvidando y su lengua no la conocen los visitantes del Parque. Todos les esperaban en el punto de encuentro. Ella pidió hacerse una foto con él, le dio de nuevo las gracias, le estrechó la mano y le pagó el doble de la tarifa. Apenas habló unos minutos con sus compañeros. A la tuya le ha costado, bromearon. El largo trecho de vuelta a casa cada día se le hace más largo. Le duele el ojo, le quema la cicatriz. Mañana lloverá en la montaña.

Volver

Federico Vivanco García

Nos contaron que cualquiera podía acceder al paraíso con solo desearlo. Que democracia era sinónimo de igualdad y de oportunidad. No nos contaron que el paraíso no estaba preparado para nosotros. Que nos convertiríamos en ciudadanos de segunda categoría. Que esperar, ahora era desesperar, y tenacidad y perseverancia eran solo equivalencias de renuncia y desgano. Tintar nuestras flamantes vidas con logros a fin de justificar el sufrimiento y una endeble quimera ante los que aguardan. Nos vendieron un paraíso que nunca existió y nosotros repartimos nubes de esperanzas por vergüenza a volver con las manos vacías. No nos contaron que regresar tampoco estaba tan mal. Que el sol brillaba, a pesar del harmattan en alguna parte. Que nuestra NACIÓN se escribía con letras mayúsculas, aunque zigzagueaba dependiendo del político de turno. Nación era simplemente pueblo, patria y unidad. Volver no fue regresar al pasado, sino a recuperar palabras que habían sido borradas de nuestros diccionarios. Cambiadas, violadas, mutadas, lapidadas. Volver fue abrazar mi tierra, escuchar junto al fogón aquellos relatos que las ancianas nos narraban cuando creíamos que los aviones volaban solo hacia el norte y nunca al sur. Volver fue fundirme en un abrazo con mamá, observar en su rostro no solo las lágrimas que la tradición siempre le reprimió, sino cada arruga marcada por el tiempo que nos robaron.

Su nombre

Carolina Fernanda Gartner Restrepo

Yo no supe qué decir; quizás muchos lo sabían. Llegué a mi casa pensando que con ese nombre podría practicar aquel fonema complicado del francés que tanto me había hecho sufrir en los exámenes de la universidad. /benẽ/, /benẽ/, repetía sin cesar porque no sabía todavía cómo se decía en español. No tenía un atlas a la mano, pero era suficiente descubrir en los ojos que me habían hablado esa geografía agreste de su territorio. Meses después descubriría que, en mi lengua materna, su nombre se correspondía con la gentileza africana de su gente... ¡benigna!

Fronteras

Jorge Blánquez Santamaría

Tras la caída de París y Londres, Berlín ha sido tomada esta madrugada. Las tropas enemigas avanzan hacia Bruselas, dejando a su paso imágenes de desolación, mientras millones de civiles se ven obligados a abandonar sus hogares. Las migraciones masivas se acontecen sin cesar. Los barcos y los botes repletos de familias que escapan de la guerra, la pobreza y la hambruna siguen llegando a las costas africanas. Los puertos de Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto reciben cada día a millares de refugiados procedentes de Francia, España, Italia y Grecia. El presidente de la Unión de Nuevos Estados Africanos, Ousman Drammeh, en una rueda de prensa que ha tenido lugar esta mañana en Ciudad del Cabo, ha mostrado su pesar y ha mandado un mensaje de paz y de unidad, donde señala que continuarán ayudando con todos los medios que están a su alcance a las víctimas. «El Mediterráneo no es ninguna frontera, sino puerta de libertad para aquellos que tienen que marcharse a la fuerza de sus países. Nuestro pueblo ha perdido demasiado tiempo y demasiadas vidas en encontrar el único camino que debemos perseguir, el de la paz; una paz que llegó hace diez años, con la firma del Tratado de Johannesburgo de 2048. Con este fin, para que abramos los ojos, unamos los corazones y aprendamos de una vez por todas del pasado, África acoge con los brazos abiertos a nuestros hermanos de Europa».

Linajes

José Quesada Moreno

En el año dos mil heredé un castillo que, a decir de las crónicas, había sufrido durante meses el asedio de Tarik el Tuerto y sus huestes musulmanas. En el momento de mi legado sólo la torre del homenaje —partida por la mitad, como una tramoya en medio de la nada— había logrado resistir el azote de trece siglos de ventiscas. No sé en qué momento decidí que aquellos bloques, erguidos sobre un ventisquero, desafiantes de la gravedad, se convertirían en los muros exteriores de mi nueva casa. En menos de dos años, resueltos los costosos trámites legales y las compensaciones a las autoridades de la comarca, los restos del castillo de mis antepasados pasaron de perfilar el hosco horizonte de su emplazamiento original a pintar de medioevo la silueta clara y transparente de la costa mediterránea. He vivido días preciosos en esta casa —mirando el mar y sus amaneceres rojos, adormecido por el rumor de sus olas— hasta que esta mañana, mientras desayunaba en la terraza que mira a levante, han aparecido en el horizonte, como una bandada rasante de gaviotas, un centenar de bajeles en los que he podido distinguir los estandartes verdes de los Omeyas.

Dictado de ortografía

José B. Santacreu Baidal

Hoy nos han devuelto corregido el dictado. Encerrada en un círculo rojo aparece la palabra África, en la que se me olvidó poner el acento. Era la única falta de ortografía; en general no las hago. En un primer momento pensé en reclamar, porque aunque no dejaba de considerarla una pequeñez de importancia relativa, me bajaba la nota. Estuve todo el rato en la hora de clase pensando si acercarme a la mesa de la profesora. Después de barajar los distintos argumentos que podría utilizar a mi favor, fui a decirle que la falta estaba en una palabra con la que empezaba el dictado, que por ello era obviamente mayúscula, lo que la hacía disculpable. Ella sonrió y negó suavemente con la cabeza. Esa no es razón, dijo; en cualquier lugar del texto que estuviera, África requiere la mayúscula y la tilde. Por no rendirme a las primeras de cambio, se me ocurrió argumentar que en el texto la palabra funcionaba más como sinónimo de gran continente que como nombre propio. Dejó pasar unos segundos, durante los cuales llegué a pensar que mi razonamiento no era malo del todo y que tenía alguna posibilidad de prosperar, hasta que oí su respuesta. Aunque así fuera, dijo al fin, tú no puedes desconocer que África es un continente mayúsculo, y las mayúsculas se acentúan todas. ¿No son las esdrújulas?, pregunté creyendo haberla pillado en un renuncio. Entonces, todavía con más razón, concluyó.

Y preguntarte tu nombre

Alberto Mrteh

Samia camina en silencio. Ralentiza su marcha al pasar junto a las madres que esperan en el portalón de la madrasa. Finge no poder avanzar por la súbita multitud, pero en realidad escudriña lentamente los rostros. Ansía encontrar alguno con exceso de maquillaje. Escucha las conversaciones para descubrir la voz que relate un resbalón nocturno o una tonta caída. Pero al final se aleja por la callejuela de la medina sin obtener respuesta. Su mirada reflexiva contrasta con los ademanes jactanciosos de sus compañeros. Una tarea escolar hace que sueñen en voz alta. Ahmed viajará a Europa para ser futbolista, Firdaus, promete ser profesora y Abdeluahed solo desea permanecer en Fes. Samia les miente cuando dice no saber qué quiere ser de mayor. En cambio, en su mente, ya ha completado la redacción que escribirá después de comer el cuscús de los viernes: La otra tarde, mientras hacía los deberes, escuché de nuevo sus gritos. El terror de esa mujer me bloqueaba y no podía dejar de temblar. Me concentré en sus palabras de súplica y recé para que alguien la salvara, pero los lamentos no cesaron hasta que el hombre salió dando un portazo. Corrí a la ventana y vi el tarbush sobre su cabeza. Podría ser cualquiera. Me llamo Samia, tengo doce años y no hay nada que pueda hacer por ti, salvo prometerte que un día seré policía y apagaré tus lloros antes de darte un abrazo y preguntarte tu nombre.

Desprendimiento de rutina

Francisco Doblas Arjona

De la oficina a su hogar, a excepción claro está del mes de rigor de las vacaciones en el apartamento de Benalmádena, así había sido su vida desde que se casó y consiguiera aquel magnífico contrato indefinido hace ya veinticuatro años. Ni una impuntualidad, ni una palabra más alta que otra, ni una arruga en su traje de chaqueta, ni la más mínima canita al aire, el tiempo pasaba imperturbable dejando, eso sí, una gris pátina de tristeza, apenas apreciable. Por eso ni su jefe ni su mujer entendieron nada cuando un miércoles gris de noviembre el señor Gómez desapareció como si se lo hubiera tragado la lluvia. En su empresa echaron de menos su eficacia y en su familia su nómina. La policía sólo pudo constatar su disolución sin dejar rastro. Meses después en Españoles por el mundo, alguien melencólico y bronceado sonría tocando un timbal desde una Canoa en una playa paradisíaca la isla de Zanzibar junto a una jovencita escultural que pareciera tallada en azabache africano. Cuando llamaron desde la oficina a su mujer, ella titubeante confirmó que aquel no era su marido.

Safari urbano

Agustín García Aguado

He lavado toda la ropa del safari: pantalones de camuflaje, chalecos multibolsillos... Hasta el salacot y las botas de punta italiana. Mientras centrifugaba la lavadora, sentado en calzoncillos delante de Marta, me he tomado un expreso y luego le he hablado de nuestra expedición. Ella se ha limitado a arrancar una hoja del calendario y, después, como suele hacer con esa elegancia natural que nunca ha perdido, me ha soltado a la cara que esta vez no contase con ella. Me han dolido sus palabras, pero he tratado de encajarlas con deportividad. Quizá por eso he decidido llamar a mi vecina Reme. Sé que ella no se saldrá por las ramas y querrá acompañarme. Siempre le ha gustado la vida salvaje y el olor de la aventura. Esa colección de DVD y las enciclopedias ilustradas que tiene en su salón hablan por sí solas. Para no alargar el tormento, he decidido darle un beso a Marta a modo de despedida definitiva y, después de vadear con temor el pasillo comunitario, me he plantado en la casa de mi nueva acompañante con una guía de África y con unos prismáticos de última generación. Al abrirme la puerta, he escuchado un rugido y un leve rumor de selva que me han atrapado definitivamente. Me ha mirado con extrañeza, quizá es que nunca me había visto en calzoncillos, pero cuando le he mostrado las dos entradas de fin de semana para el zoológico, me ha sonreído como Ava Gardner en *Mogambo*.

La canción de Oyé

Ramsés Narciso Cabrera Olivares

En lo alto del Dimlang, Akoni cayó de rodillas entre truenos y lluvia. —Sí —prosiguió Parö—, soy yo quien te dio poderes. Triunfos, prodigios, gloria: me lo debes todo. Ahora, enfréntate a mí. Rinde tu alma a la pira de mi eternidad, alimenta su fuego, y a cambio reviviré esta tierra yerma. Akoni aferró la espada, su alma casi arrebatada por la ira. Mas recordó la canción y, guardando su ida, avanzó al borde del mundo. —¡No! ¿Acaso no quieres salvar a tu pueblo herido? Si no luchas, ¡lo despojarás de esperanza! —Silencio. Este sagrado lugar no verá más sangre derramada por el sacrificio de otros. Dicen los pueblos allende el mar que su dios murió por ellos, pero sus almas son como casas derruidas por el abandono. No me condenaré a mí ni a mis hermanos a la mentira. —Si no quieres matarme, ¡morirás en el olvido! Ya vendrá quien cumpla tu papel. —Olodumare está conmigo. No quebrantaré mi palabra. —¡No existe Olodumare, ni los orishás, nada! No hay más verdad que yo. Akoni sentía lástima por Parö. Y, aun exhausto, cantó. —¡Necio! —Parö quiso golpearlo por la espalda, pero el cielo se abrió y un último rayo hendió el suelo ante él, impidiendo su ataque. Gritando, Parö se desvaneció en sombras. Akoni continuó su canción, llorando de alegría y bañado por el sol. No tenía que salvar a otros ni verter sangre. Solo necesitaba sostenerse en su palabra de Oluşeto.

Educación ambiental

María Cecilia Reyes de la Maza

Era una «pallhota» grande sentados en esteras, niños y un joven en portugués impartía clases, todos atentos. No vi pizarrones cuadernos, solos el profesor y los niños aprendiendo, observé el momento. Le pregunté al profesor que cómo lo lograba si no tenía nada. Me miró ¿Nada? dijo. El cajueiro mas grande se cosecha todos en la aldea con su parte, de las matemáticas es la tarea. Las recolecciones en la selva debe tener tiempos exactos para evitar las fieras. Los colores de la lluvia, el amanecer, la noche y las altas temperaturas se deben aprender. Las palabras del entendimiento siempre son un suceso; los músicos entregan sus herencias a los nuevos, la geografía se dibuja en la mente, se calcula, se camina, hay que conocer todos los regresos. Lo que nos rodea son nuestros cuadernos, hay que guiar respuestas, para que se encuentren y descubran desde su ambiente quienes son, se proyecten, se realicen. Eso es lo verdadero. Esto es significativo pensé...por eso hay interés y progreso. Tiene razón, no estudió pedagogía, no tiene pizarrón ni biblioteca tiene una escuela de la vida, de la naturaleza, de experiencias reales de la aldea y eso que se aprende acá, queda para siempre instalado en la mente. Volví desde Nampula pensando que la Educación Ambiental era eso al final.

Almas perdidas

Ana Isabel Velasco Ortiz

Sueña una tierra dorada que se pierde en el horizonte. Camina sin descanso y no alcanza su destino. Luego, tiene hambre, sed. Un azul intenso que le ciega. Siente que el aire no le alcanza los pulmones y despierta preso de una agitación que a duras penas logra calmar para volver a esta realidad que le es ¡tan extraña! El traductor le transmite las palabras del médico. Dice que recordará. Necesita tiempo. Él, maldice la memoria que se esconde, que le sume en la incertidumbre, que no logra regresar. Sabe que su peripecia vital es igual a la de todos los migrantes del centro de acogida. La promesa de un futuro mejor. La patera. El océano infinito. La llegada a tierra firme. Lo importante, lo que dejó atrás, sus raíces laten en la sombra. Las horas se suceden frente al televisor. Contempla las imágenes y observa. Algunos rompen a llorar. Otros, parecen ajenos a tanto sufrimiento como si el suyo propio les hubiese dormido la solidaridad, la compasión por los demás. Varios cadáveres balanceándose entre las olas. Los tripulantes del barco de rescate se afanan por subirlos a bordo. El último cuerpo es una mujer... La cámara enfoca aquella pulsera de vivos colores que le adorna la muñeca... Un destello en su mente y las pupilas encuentran la misma cinta al final de su brazo. Y recuerda... Y una amarga certeza le llega al corazón. No solo África quedó atrás. Su amor se perdió en el mar.

Cuerpos

María José Liñán Rodríguez

Cada madrugada detenía el tiempo a su antojo, encontraba un escondite entre los serpenteantes caminos que llegaban hasta la fuente de agua pura y entonces, segundos después, llegaba ella. Con las manos de seda y la piel morena clara, un dulce sonido casi imperceptible de ambos gemidos que al rozarse sus bocas, sin querer se escapaba, y venía la lluvia. Sus cuerpos a la luz del alba se contemplaban iguales, fundiéndose como un puñado de arena fina. Se abrazaban tan fuerte que hasta sus almas se tocaban. Se besaban despacio, imaginando una vida juntas muy lejos de allí. La iridiscente luz acompasaba el latir de sus mordiscos, de gritos ahogados sobre sus cuerpos desnudos. Sus cabellos se enredaban como si no quisieran separarse jamás y la tierra ardiente pedía a gritos libertad. Solo unos minutos cada día aquel campo yerto y árido se convertía en primavera, como si las flores lime-
rentes fuesen cómplices espías de su amor impoluto, imposible, imaginado. De vuelta a la aldea la vida calma seguía su curso, pero su mente locuaz no dejaba de hilar verso con verso, palabra con palabra, intentando tejer un discurso firme que tambalease los cimientos de la razón. Sonreía mientras tanto, a sabiendas que algún día desataría el yugo de su garganta que tanto le oprimía la verdad, esperando con ello que el mundo que conocía se volviera del revés y su felicidad también tuviese cabida.

La respuesta

Silvio Astier

¿Qué puede llevar a una persona a querer reiniciar su vida tan lejos, en un país hostil y con un hijo por venir? Eso me preguntaba ayer al ver a la primera inmigrante africana vendiendo ropa en la calle de un pueblito sudamericano como éste que yo habito, triste y monótono, perdido en la llanura pampeana. Y la respuesta vino a mí sola, cuando recordé a mi abuelo paterno, el inmigrante castellano que me dio el apellido clerical que porto. Don Bartolomé partió de Morales del vino en 1904 para llegar hasta este rincón austral de América, cuando el poblado lo conformaban apenas un puñado de casas repartidas en tres o cuatro manzanas. Él también, me digo, a sus dieciocho años, se largó solo, como polizón en la bodega de un barco, según me contó mi padre, para arribar a un mundo extraño que es hoy mi hogar y comenzar desde el principio. La búsqueda, me digo, es la misma que la de la joven africana: llevar una vida mejor. Es el deseo de todo migrante, tanto ayer como hoy. ¿Cómo podría parecerme descabellada la actitud de estos africanos que conviven aquí, con nosotros, si yo porto en mis genes la misma impulsión de libertad, el mismo ímpetu de aventura?

